**SEXTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO**

**Presentación de la Campaña contra el hambre en el mundo**

**Catedral, 12 de febrero de 2017**

Los primeros cristianos, particularmente los que procedían del judaísmo, encontraban dificultades para vivir la nueva vida en Cristo que habían recibido en el bautismo. Las prácticas judías a las que estaban acostumbrados y la mentalidad religiosa que habían heredado no era fácil de reemplazarla por el espíritu evangélico predicado por los apóstoles. Una de las cuestiones que aquellas primeras comunidades judeocristianas se hicieron fue la pregunta por la utilidad de la Ley de Moisés ¿Para qué sirven ahora los Diez Mandamientos? ¿Tenemos que cumplirlos como nos enseñaron nuestros padres? El evangelista San Mateo les recuerda las enseñanzas de Jesús en el Monte después de proclamar las Bienaventuranzas.

Hemos escuchado en el evangelio que acabamos de proclamar que Jesús no ha venido a abolir la Ley de Moisés, por tanto los Mandamientos siguen en pie. Él ha venido a dar plenitud a la Ley de Moisés. ¿En qué consiste esa plenitud? En una nueva interpretación en la forma de vivir y cumplir los diez mandamientos del Decálogo. Si los fariseos enseñaban que el buen judío debía practicar las obras buenas que le hacen justo ante Dios y alcanzar así la salvación, Jesús enseña que la Ley de Moisés es necesario vivirla desde dentro, desde el interior del hombre justificado por la fe y, por tanto, como expresión de la misma fe que se hace visible en las obras del amor. La clave para poder entender lo que el Señor propone está en sus palabras finales: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48) Tal perfección es el amor, un amor que no tiene límites porque llega a amar incluso a los enemigos. Jesús manifiesta en sus obras de amor y de obediencia a la voluntad del Padre que en él la Ley de Moisés ha llegado a su plenitud. Por eso puede decir con toda autoridad lo que dice: “Sabéis que Moisés os dijo; pero Yo os digo…”

Y así, Jesús, con su autoridad, va explicando mandamiento por mandamiento desde la clave de la perfección en el amor lo cual va más allá del simple enunciado: “no matarás”, “no cometerás adulterio” “no jurarás en falso”. Benedicto XVI expuso con meridiana claridad cómo el mandamiento del amor que debe coronar la vida del cristiano no es algo impuesto desde fuera como la ley de Moisés sino que nace desde dentro, desde la experiencia de sentirse amado por Dios. Dice el Papa: “Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un « mandamiento » externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor” (DCE 18).

Es precisamente este amor infinito de Dios que nos ha amado el que provoca en nosotros el deseo de realizar obras de amor como expresión de nuestra fe en Dios que es Amor. Esta es la clave de la nueva vida en Cristo. Una clave que no podemos ignorar ni oscurecer. Cuando amamos a Dios, amamos al prójimo y cuando amamos al prójimo, amamos a Dios porque nuestro amor no está dividido. Es el amor que proviene del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones para que amemos en Dios, con Dios y según Dios.

Los cristianos que están bautizados y forman parte de la Iglesia; pero no han descubierto esta clave de la nueva vida en el Espíritu, viven apegados al cumplimiento de los mandamientos más como una losa que los oprime que como una ley que potencia la libertad de los hijos de Dios. Por eso, debemos ayudarnos unos a otros a descubrir que Dios nos ama y de su amor recibimos la fuerza para cumplir los mandamientos y permanecer unidos a Él.

Si Jesús ha puesto la plenitud de la ley en el amor, nosotros debemos esforzarnos, ayudados con la gracia de Dios, por amar sin límites a toda persona. Esto es lo auténticamente revolucionario y admirable de la vida cristiana. Los antiguos nos dejaron aquel refrán que dice: “Haz el bien y no mires a quien”. Imitemos a Jesús que “pasó haciendo el bien” y a Dios nuestro Padre “hace salir el sol sobre justos e injustos”.

Para hacer el bien a muchas personas, nos han convocado hoy las mujeres responsables de la Asociación de fieles católica “Manos Unidas Campaña contra el hambre en el mundo”. Quiero elogiar y agradecer tantos esfuerzos, tantas energías que gastan los responsables de la organización en nuestra diócesis para sacar adelante uno o dos proyectos cada año. Son un verdadero ejemplo de amor y entrega a los demás sin buscar nada a cambio porque ni siquiera conocen a quienes ayudan.

Este año nos presentan dos proyectos: Uno de ellos ubicado en Guatemala y consistente en el fortalecimiento de la economía familiar campesina e indígena por un importe de 87.317 euros, y el otro en la República Árabe de Egipto, concretamente en la ciudad de El Cairo en dos centros. El objetivo del mismo es apoyar la educación no formal a refugiados sudaneses. La duración de realización es de 12 meses y el importe total de 36.049 Euros. Dos proyectos que sacarán de la hambruna a muchas personas que viven en la indigencia y piden a gritos la ayuda de una mano amiga que les ayude a salir de su postración.

Manos Unidas quiere que nos afecten personalmente estos proyectos. Por eso nos invita a desprendernos de nuestros bienes haciendo un sacrificio personal que nos solidarice con aquellos que deseamos ayudar. Propone el ayuno y la oración como métodos de solidaridad y de amor hacia estas personas. Las comidas a las que nos invitan para recaudar fondos tienen también este carácter solidario. No se trata comer por comer sino de comer frugalmente como comen los pobres evitando desperdiciar tantos alimentos que después de cada comida tiramos a la basura.

Es una campaña de sensibilización de nuestra conciencia para que evitemos desperdiciar tantos alimentos y consumir tantas cosas que resultan innecesarias para el normal desarrollo de nuestra vida.

La Virgen María que organizó la comida y la casa de Nazaret donde vio el Señor tantos años, nos ayude a organizar nuestras casas con austeridad y sencillez pensando en tantas personas que no tienen lo necesario para alimentarse y mueren por falta de alimentos.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga